

Coloquio

El fútbol y las artes

Hace dos años tuvo lugar en la Sala «Ensayo 100» de Madrid un interesantísimo debate que, bajo el tema general de «Fútbol y Arte», reunió a escritores, actores, futbolistas y famosos entrenadores de fútbol durante varias jornadas. De los más de trescientos folios que ocupa la transcripción de aquellas conversaciones, hemos extraído el material de este artículo. Se comprenderá que, por naturales limitaciones de espacio, haya quedado fuera, no sólo la mayor parte de lo allí tratado y discutido, sino, en algunos casos, bloques e intervenciones enteras del máximo interés que –y por respeto a los propios intervinientes– no podían ser fragmentadas sin que se perdiera el hilo y el sentido de su discurso. Esperemos que, bajo la forma de libro, puedan algún día ver la luz, que sin duda iluminará e interesará a los miles o millones de aficionados a los que les gusta, no sólo disfrutar del espectáculo del fútbol, sino discutirlo, analizarlo, criticarlo, reelaborarlo simbólicamente, emotiva y hasta metafísicamente. O sea, prolongar el placer de lo que, quizás por razones misteriosas y hasta perversas, para muchos se ha convertido en una pasión irresistible.

El fútbol y la izquierda

ANGEL CAPPA: Afortunadamente, los intelectuales de izquierda, yo no sé si será moda, o que abandonaron ciertas posturas, se están acercando al fútbol, se están acercando a sus sentimientos. Y, afortunadamente, también los que acusan a la gente –o a algunos de nosotros, en el fútbol– de tener ideas, también son pocos. Yo creo que se está dando ahora la posibilidad de comunión entre fútbol y cultura.

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN: Yo me veo convocado a este debate porque, aunque no figure en mi carné de identidad, tendría que poner «intelectual», y por lo tanto, eso quiere decir que tengo que justificar las cosas, en este caso que tengo que justificar mi vínculo con el fútbol. Yo creo que hay un ecuador que marca la separación entre los intelectuales del Antiguo

Régimen, y no me refiero al franquismo, sino al régimen anterior a la vivencia de la cultura de masas. Son intelectuales sobre los cuales no incide, ni en su código expresivo, ni en su memoria, ni en su capacidad o en su voluntad de mitomanía, lo que luego hemos llamado «medios de comunicación de masas». Personas anteriores al cine, o contemporáneos con el desarrollo del cine como movimiento de masas, como arte de masas, que coincide con el de la radiodifusión como sistema estable de comunicación social, y la televisión es algo todavía experimental. Estos intelectuales, en lo que se refiere a la concentración de público, concentración de masas, sólo aceptan aquellas que ya están asumidas dentro de los valores convencionales culturales, por ejemplo, podrían ir a los toros en los años 20, 10 ó incluso 30, pero mantenían cierta distancia irónica con respecto al fútbol. Incluso en los años 30, los sectores de la vanguardia podrían asumir el fútbol como un ejercicio de representación, casi de vanguardia, por cuanto que era un deporte, que aún no era un fenómeno de masas, que atraía a gente interesada por el football o por el balón-pie. Y así se puede producir la fascinación o aproximación que algunos escritores del 27, Alberti, el grupo de García Lorca y de la Residencia de Estudiantes, o el acercamiento que tienen algunos futuristas italianos, a los fenómenos deportivos. Pero, sobre todo, les interesa más el deporte de esfuerzo individual, el individuo superando sus limitaciones, en lucha contra el tiempo, en lucha contra las limitaciones físicas. Pero cuando se produce ya el fútbol como propuesta de masas, como consecuencia, incluso, de la utilización política que el fascismo hace de ese desarrollo, en la Italia mussoliniana, el deporte aparece como apología del músculo frente a la cultura. La oposición cultura o vida, y la exaltación de la vida en contraste con la cultura, es muy utilizada por los fenómenos colectivistas, sobre todo de corte nazi y fascista. Es lógico que el intelectual se refugiara en una verdad personal y culta, de lo selecto, de vanguardia crítica, frente a esa irrupción de un instrumento de alienación colectiva.

Pero luego llegamos nosotros, los mestizos. Y los mestizos ¿quiénes éramos? Los que nacimos de una guerra, pongamos civil, o mundial, y nos encontramos que ya somos unos receptores de una cultura masificada, y tenemos que asumir valores convencionales de masas, y tardamos veinte años en enterarnos de quién era Kant, porque en nuestras casas no estaba la *Crítica de la razón pura*. Y, en cambio, en la panadería, delante de nosotros estaba el póster, donde aparecía, en mi caso, Samitier regateando a un futbolista, probablemente del Real Madrid. Y eso produce el impacto de una mitomanía, de una oferta de realización humana basada en el juego, pero que tiene un resultado de victoria o derrota que te invita a una comu-

nión, a una apropiación, a una identificación. Y, al mismo tiempo, recibíamos otros instrumentos de identificación de cultura de clase, evidente en los que, como en mi caso, habíamos perdido la guerra civil, cultura convencional, cultura tradicional, cultura popular tradicional, que también recibías a través de los medios de comunicación. El fútbol ocupaba referentes que tenían mucho que ver con la capacidad de soñar, con la capacidad de mitificar, lo mismo que el cine y, sobre todo, el cine en technicolor, y con una cierta escenificación del juego de apuesta por la victoria o por la derrota, a través de los medios, y estos medios eran los futbolistas. Los futbolistas eran nuestros representantes en ese juego de la victoria o la derrota, que marcaba el signo, incluso, de la dirección y de la finalidad de nuestras propias vidas. Y empezamos, por tanto, a amar a estos futbolistas, sobre todo, empezamos a amar a aquellos futbolistas que más despertaban ese sentido de los mítómanos. Y esa mitomanía la despertaban los futbolistas capaces de crear «instantes mágicos». Es decir, no los futbolistas que destacaban por su fuerza, por su vitalidad, que en algunos casos recuerdo cómo se mitificó a un defensa del Sevilla, que se llamaba Campanal Segundo, que más que un futbolista parecía un gimnasta, despejando pelotas absolutamente con todas las partes de su cuerpo, y despejaba pelotas y al mismo tiempo jugadores. Pero, sobre todo, recordábamos esos instantes mágicos en que una jugada, en que un alarde de astucia individual, del saber individual, de los reflejos individuales, que pertenecían a lo que podríamos llamar «el fútbol de autor»... Y yo aquí marcaría la diferencia entre el fútbol de autor y el fútbol como sistema, que hoy en día sería el juego dominante; pero incluso en este caso, en el caso del fútbol como sistema que se puede aprender, que se puede codificar, que se puede hasta meter dentro de una computadora –incluso hay entrenadores que utilizan computadoras para ir marcando y cuantificando la previsión de las reacciones–, digo que aun este tipo de fútbol sigue dependiendo de los instantes mágicos. Si no hubiera instantes mágicos, no funcionaría el resto del tinglado, el resto del sistema. Y eso introduce una responsabilidad a los que defendemos el fútbol a través del instante mágico, y es que, gracias a nosotros, a que defendemos el instante mágico, estamos avalando, indirectamente, el fútbol agresión, el fútbol instrumentación, el fútbol alienación, que es a lo que está jugando, en estos momentos, el sistema de poderes establecidos, sea el poder económico –cada vez más infiltrado en este tinglado–, sea el poder político, que lo está instrumentalizando como una nueva religión de masas, casi como la única religión de masas, e incluso como algo más peligroso: como casi la única manera de participar a través de una militancia activa, a través del fútbol. O como única manera de ser activo,